Globethics Repository



Cambios conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo [Conceptual changes from the perspective of the world system]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Grosfoguel, Ramón
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-13 05:50:52
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218932

Cambios conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo

Del cepalismo al neoliberalismo

El artículo analiza el pensamiento político económico latinoamericano del siglo XX y advierte acerca de su denominador desarrollista, que recorre la prédica cepalina, la de la dependencia y la de la izquierda tradicional. Sin embargo es imposible pensar en un desarrollo centrado en el Estado-nación y aislado del sistema-mundo. Un movimiento global que desde la izquierda busque romper con las formas colonizadas del poder que la misma izquierda latinoamericana ha perpetuado, tendrá posibilidades de destrabar el camino hacia el desarrollo social y económico.

Ramón Grosfoguel

En un artículo publicado hace algunos años, Mario Vargas Llosa, que en los años 60 formó parte de la intelectualidad de la izquierda latinoamericana y hoy día es uno de los promotores más férreos del neoliberalismo, dijo lo siguiente:

Ramón Grosfoguel: profesor del Departamento de Estudios Etnicos, Universidad de California, Berkeley; @: <grosfogu@uclink.berkeley.edu>.
Palabras clave: pensamiento económico, desarrollo, dependencia, izquierda, América Latina.
Nota: Una versión más larga de este trabajo fue presentada en inglés bajo el título «From Cepalism to Neoliberalism: A World-System Approach to Conceptual Shifts in Latin America» en la conferencia anual de la sección Political Economy of the World-System (PEWS) del American Sociological Association (ASA).

No es cierto que los países ricos lo sean porque los otros son pobres y, a la inversa, que la miseria del Tercer Mundo sea resultado de la influencia del Primer Mundo. Eso fue cierto, y de manera bastante relativa, en el pasado. En el presente no lo es. Y nada hace tanto daño a los países atrasados y miserrimos del planeta como esta falsa doctrina, que los exonera de culpa en lo que respecta a su condición y transfiere la responsabilidad del hambre y el desamparo que padecen sus pobres a los países desarrollados, los que se alimentarían de ellos succionándoles la riqueza, como los vampiros a sus víctimas... La verdad es que, hoy día, la pobreza se produce, al igual que la riqueza, y que ambas son opciones al alcance de cualquier pueblo. Y que muchos países subdesarrollados, debido a la infinita corrupción de sus clases dirigentes, a la demencial dilapidación de sus recursos y a las insensatas políticas económicas de sus gobiernos, se han convertido en unas máquinas muy efectivas de producir esas condiciones atroces en las que viven sus pueblos («Ayuda para el Primer Mundo» en *El Nuevo Día*, San Juan de Puerto Rico, 15/10/94, pp. 86-87).

La presuposición es que ser rico o pobre en el mundo poscolonial es una opción al alcance de cualquier pueblo. De acuerdo con Vargas Llosa, la pobreza de los países del Tercer Mundo se debe a la corrupción interna o a incorrectas políticas económicas de las elites, y no tiene nada que ver con las relaciones centro/periferia de la economía-mundo capitalista. Este mismo ataque a la idea de relaciones de explotación ha sido igualmente articulada por Fernando Henrique Cardoso, quien fuera una de las figuras prominentes de la escuela de la dependencia en América Latina y hasta hace poco presidente de Brasil, cuando meses después de Vargas Llosa dijo:

En los años 60 y 70 los sociólogos latinoamericanos –yo entre ellos– desempeñaron un importante papel en la formulación de teorías para comprender y explicar el subdesarrollo. No surgió un conjunto homogéneo de ideas, pero la mayor parte de las teorías que se centraban en la *dependencia* coincidían en un punto común. Considerábamos que la manera en que estábamos integrados en el sistema capitalista mundial era la causa de nuestras dificultades a la hora de alcanzar el desarrollo sostenido y el bienestar de todos los latinoamericanos. Sin embargo, hay que tomar en consideración un hecho nuevo y esencial. Hoy día, la mayoría de los sociólogos y líderes políticos, especialmente los de los países en vías de desarrollo, identifican la integración y la participación en el sistema internacional con la solución de sus problemas en lugar de con la causa de sus dificultades. Hoy creemos que el escenario internacional ofrece ventajas para todo el mundo. Ante todo, el paradigma del juego de suma cero, en el que la ganancia de una parte implica necesariamente una pérdida para la otra, está ya caducado. El nuevo concepto no se basa en ganadores o perdedores, sino en un equilibrio de intereses basado en negociaciones ecuánimes entre los Estados («La 'prosperidad compartida'» en *El País*, Madrid, 10/12/94, p.12).

Pero no solo encontramos en intelectuales latinoamericanos el rechazo a la idea de una división internacional del trabajo según centros y periferias. Sociólogos norteamericanos, que en algún momento simpatizaron con las concepciones dependentistas o de sistema-mundo, también reivindican una revisión de los estudios de desarrollo en términos de una «sociología del desarrollo nacional» (Portes/Kincaid), o de un análisis centrado en el «Estado desarrollista» (Evans). Estos últimos proponen un retorno al Estado-nación como unidad de análisis cuando los procesos sistémicos del sistema-mundo han hecho obsoletas las ilusiones cifradas en las políticas desarrollistas de los Estados, no solo en la perife-

ria sino también en los centros de la economía-mundo. Incluso los Estados del centro tienen dificultades en controlar los flujos de capital transnacionales de la economía-mundo capitalista. Sin embargo, a pesar de tales procesos sistémicos estos sociólogos norteamericanos perciben oportunidades para el desarrollo nacional mediante la implementación de políticas desarrollistas estatistas y/o dependiendo del carácter del Estado (p. ej. el grado de autonomía estatal de la sociedad civil vs. un Estado controlado por los intereses de la sociedad civil).

La década de los 80 marcó la recolonización de la periferia por los centros metropolitanos

Estos cambios conceptuales son sintomáticos de un retroceso hacia las viejas posiciones desarrollistas. ¿Por qué reconocidos intelectuales de izquierda de los años 60 defienden hoy las ideas liberales desarrollistas?; ¿cuáles son los procesos histórico-mundiales que explican estos cambios conceptuales?; ¿por qué muchos de los intelectuales cepalistas y dependentistas son hoy neoliberales?; ¿cuáles son, a pesar de sus diferencias, las presuposiciones comunes de las diversas teorías desarrollistas (dependentistas, cepalistas, etc.)?

Es necesario un análisis complejo de larga-duración y de escala mundial para entender estas transformaciones en el pensamiento de los intelectuales latinoamericanos. En este artículo usaré una metodología de sistema-mundo para entender tales transformaciones. La primera parte aborda la emergencia del neoliberalismo en la región como resultado de la derrota histórica de los movimientos sociales antisistémicos. La segunda parte discute cómo el éxito de la ideología desarrollista está parcialmente relacionada con las estrategias simbólicas de los Estados del centro de generar vitrinas (*showcase*) simbólicas desarrollistas a través de diversas regiones del mundo durante la Guerra Fría. La tercera parte explica cómo los dependentistas reprodujeron las mismas presuposiciones desarrollistas que habían criticado a los cepalistas. Finalmente, se discutirán críticamente las estrategias liberales de la izquierda socialista antiimperialista de transformar el sistema-mundo vía la adquisición del poder estatal y sus consecuencias nefastas para las izquierdas en la región.

Políticas neoliberales y derrota de los movimientos antisistémicos

El periodo entre 1950 y 1970 es caracterizado por Quijano (1993) como una redistribución del poder global en todo el sistema-mundo. Los movimientos de liberación nacional, el fin de las administraciones coloniales en la mayor parte de la periferia, los regímenes socialdemócratas en Europa, los movimien-

tos sociales antirracistas y la Guerra Fría implicaron una redistribución del poder en el sistema-mundo. Más que en cualquier otro momento, esta redistribución forzó a los centros a compartir grandes sumas de excedente económico con la periferia.

Durante este periodo particular, los Estados del centro hicieron un esfuerzo geopolítico dirigido a destruir los movimientos populares y democráticos exitosos en la periferia. La ola de golpes de Estado financiados y apoyados por Estados Unidos, destruyó democracias y regímenes populares en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Guatemala y otros países. Regímenes de derecha institucionalizaron dictaduras militares que destruyeron movimientos populares en toda la región, ilegalizando partidos políticos, asesinando disidentes políticos y suspendiendo derechos civiles en casi todos los países latinoamericanos. El «holocausto latinoamericano» duró varias décadas, dejando su huella en el futuro de la región. Toda una generación de activistas políticos y laborales fue asesinada, torturada o desaparecida por la represión militar. Una vez los movimientos antisistémicos fueron destruidos, hubo una transición a la democracia formal controlada desde arriba. Cualquier discusión acerca del éxito de la imposición de políticas neoliberales en toda la región durante los años 80 tiene que partir de la derrota histórica de esos movimientos a manos de las dictaduras auspiciadas y financiadas por EEUU.

Es precisamente dentro de este contexto de derrota histórica, que las políticas neoliberales de libre comercio fueron impuestas sin mucha dificultad ni resistencia por las organizaciones disciplinarias del capital global (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etc.). La década de los 80 marcó la recolonización de la periferia por los centros metropolitanos del sistema-mundo (Quijano 1981; 1993). Programas y servicios de Estado conquistados por los movimientos populares durante las décadas anteriores fueron desmantelados sin resistencia popular. Las industrias estatales fueron privatizadas en masa. Ningún movimiento social en la región fue lo suficientemente fuerte como para detener estas tendencias recolonizadoras del capital metropolitano. El poder y los recursos económicos fueron reconcentrados nuevamente en los centros de la economía-mundo capitalista (Girvan et al., p. 45). El desempleo, la pobreza y la miseria se incrementaron masivamente en toda la región.

Para confrontar esta ofensiva neoliberal, algunos intelectuales latinoamericanos, incluyendo antiguos dependentistas, revivieron la vieja doctrina cepalista a través de un movimiento intelectual conocido como la escuela neoestructuralista. Esta escuela intentó actualizar y mejorar el cepalismo de los años 50. Los

neoestructuralistas coinciden con los análisis estructurales del cepalismo, pero critican la ausencia de un esfuerzo sistemático de elaborar políticas económicas que puedan complementar los diagnósticos estructuralistas (Ffrench-Davis, p. 39). Intentaron mejorar algunas de las políticas y dilemas de los cepalistas proponiendo superar la oposición artificial entre sustitución de importaciones y exportación, proteccionismo y librecambismo, industrias estatales y privadas, planificación y mercado, y entre objetivos de corto y de largo plazo (Ffrench-Davis, p. 39; González, p. 16). Los esfuerzos neoestructuralistas se concentraron en diseñar políticas que hicieran complementarias esas oposiciones que el viejo cepalismo no logró superar. Defienden la intervención activa del Estado en sectores económicos selectivos, en contraste con las políticas estatales neutrales y pasivas del neoliberalismo. Basándose en el modelo de Corea del Sur y Taiwán, la escuela neoestructuralista apoya una gradual y selectiva política de liberalización de aquellas industrias que puedan competir internacionalmente, y de proteccionismo hacia aquellas industrias que se mueven hacia, pero todavía no tienen, una alta competitividad y productividad internacional. Las políticas desarrollistas según el neoestructuralismo deben ser hechas a la medida de cada país. El objetivo último es alcanzar el desarrollo nacional por medio de un aumento en la productividad con igualdad, libertad y un mayor grado de autonomía nacional.

La gran ironía es que precisamente en el mismo momento en que la escuela neoestructuralista intentaba «actualizar» y «mejorar» la doctrina cepalista, Raúl Prebisch, el fundador del cepalismo, se encontraba revisando radicalmente su obra pasada. Prebisch, con más de 30 años de experiencia en diferentes posiciones en la ONU, criticó la ideología desarrollista que contribuyó a promover a través de la Cepal (Prebisch 1982, p. 105). Al final de su vida sostenía que dentro del sistema capitalista carecía de solución alguna para los problemas del desarrollo latinoamericano y que era necesaria una transformación fundamental del mismo (p. 108). Además criticó la idea de «planificación del desarrollo» que tanto promoviera durante su vida y sostuvo la «socialización del excedente» a escala global (p. 110).

A comienzos de los años 80 estas ideas no eran nuevas en el contexto de los debates latinoamericanos. Sin embargo es irónico que ellas fueran expresadas por Prebisch cuando muchos dependentistas retrocedían hacia posiciones desarrollistas neoestructuralistas/neocepalistas donde se privilegia la noción de «desarrollo nacional» o hacia posiciones neoliberales. Al final de su carrera y a partir de una larga experiencia desarrollista, Prebisch concluye que dentro de este sistema global capitalista no es posible el desarrollo de la periferia

(Prebisch 1981, pp. 14-15; 30-31). Pero pese a su advertencia, en los años 80 cientos de intelectuales dependentistas se hacen neoliberales o neocepalistas. Esta década marca en la región un periodo de estancamiento económico y de retroceso intelectual.

Estrategias simbólicas y vitrinas desarrollistas

Después de la Segunda Guerra Mundial, las estrategias de geopolítica simbólica fueron cruciales en la lógica que estructuró las relaciones centro/periferia en el sistema-mundo. La derrota nazi cambió la configuración geopolítica. La división bipolar junto a la emergencia de nuevos países independientes en la periferia fueron dos factores cruciales que transformaron el sistema interestatal a escala global. El retroceso de las administraciones coloniales como forma dominante de control sobre la periferia aumentó la inestabilidad política en el sistema. Tanto EEUU como la Unión Soviética temían que las elites de los nuevos países se fueran del «lado del adversario». Es dentro de este contexto que las estrategias globales de «capital simbólico» (Bourdieu) para obtener «ganancias» de prestigio y honor contra el adversario surgen como estrategia central en el sistema-mundo. Las superpotencias desarrollaron estrategias de «capital simbólico» creando vitrinas simbólicas desarrollistas en algunos países periféricos y con algunos grupos étnicos, en oposición a otro país periférico o grupo étnico que amenazara su poder. Estas estrategias eran económicamente costosas, ya que implicaban inversiones en diversas formas (créditos, ayudas, programas de asistencia). Sin embargo, las ganancias simbólicas se traducen en ganancias económicas en el largo plazo.

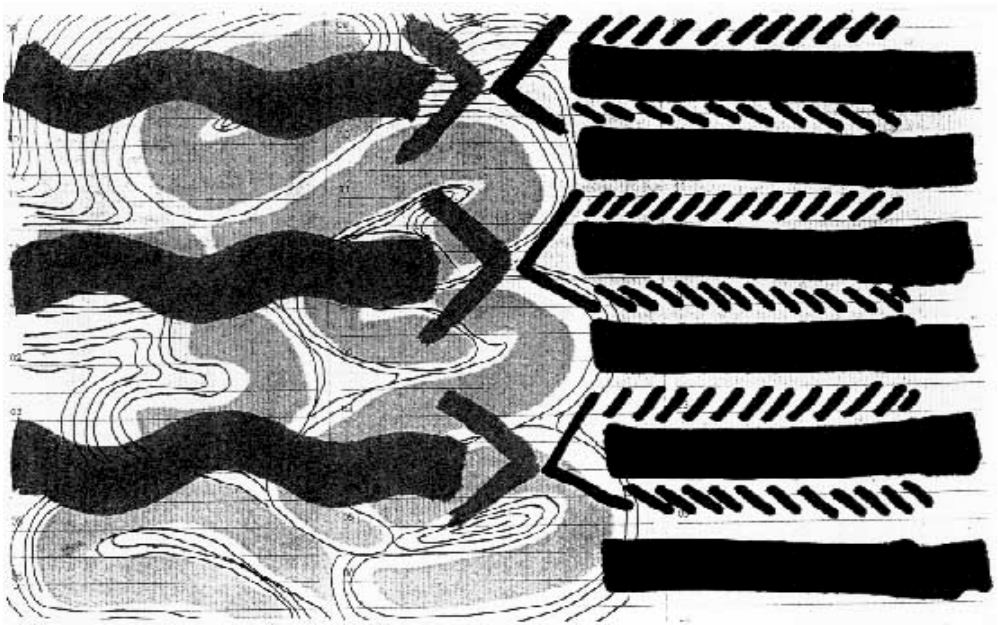
Estas vitrinas simbólicas fueron cruciales como estrategias de hegemonía global

Hacer exitoso un grupo étnico o un país periférico en alguna región estratégica del sistema-mundo se constituyó durante la Guerra Fría en una estrategia simbólico-ideológica importante. Desde los años 50, EEUU creó exitosos «países vitrina» en aquellas regiones del sistema-mundo donde los regímenes comunistas representaron una amenaza: Grecia vs. Europa oriental, Taiwán vs. China, Corea del Sur vs. Corea del Norte; en los 60 Nigeria vs. Tanzania, Puerto Rico vs. Cuba; y en los 80 Jamaica vs. Grenada, Costa Rica vs. Nicaragua. Otras vitrinas simbólicas en América Latina fueron Brasil durante los 60 («el milagro brasileño») y, más recientemente, México y Chile en los años 90 como vitrinas neoliberales de la pos-Guerra Fría. Comparado con otros países, todos estos países-vitrina recibieron una cantidad desproporcionada de ingresos en ayuda norteamericana, condiciones favorables para el desarrollo y flexibles para pa-

gar sus deudas, tarifas, arreglos o acuerdos especiales para que sus mercancías puedan exportarse sin dificultad a los mercados metropolitanos, y en algunos casos hasta transferencias de nuevas tecnologías. El éxito de todos estos países-vitrina duró, como mucho, en los casos más excepcionales algunas décadas. Al cabo estas vitrinas simbólicas entraron en crisis. Sin embargo fueron cruciales como estrategias de hegemonía global para «conquistar las mentes y corazones» de los pueblos del Tercer Mundo a favor de las políticas desarrollistas pronorteamericanas.

Mientras los déficit presupuestarios creados por la estrategia de industrialización vía sustitución de importaciones en Taiwán y Corea del Sur eran subsidiados por la ayuda norteamericana, América Latina nunca recibió la misma asistencia; esos déficit fueron subsidiados mediante préstamos internacionales suplidos por los centros financieros de la economía-mundo. Este factor va a contribuir más tarde al incremento dramático de la deuda exterior durante los años 70 y a la crisis de la deuda en los 80. La incorporación geopolítica diferenciada en la economía-mundo capitalista nos ayuda a entender el descenso de América Latina y el ascenso del Sudeste Asiático durante las últimas décadas del siglo XX.

Sin una comprensión profunda de estas estrategias geopolíticas simbólicas globales sería difícil contestar las siguientes preguntas: ¿por qué los oficiales mili-



tares estadounidenses implementaron, financiaron y estimularon una reforma agraria radical en Taiwán y Corea del Sur a comienzos de los años 50, mientras que por la misma época en Guatemala la menos radical reforma agraria de Jacobo Arbenz fue liquidada con un golpe de Estado propiciado por la CIA? La respuesta no es tan simple como decir que en Guatemala la United Fruit Company se vería afectada por la reforma mientras que en Taiwán los perjudicados serían los terratenientes locales. Durante los años 40, EEUU apoyó una reforma agraria en Puerto Rico que forzó a todas las corporaciones azucareras norteamericanas a vender todas las tierras que excedieran las 200 hectáreas. Esta medida representó un golpe mortal al sistema de plantación en la isla (Dietz). ¿Por qué el gobierno norteamericano sacrificó los intereses de sus corporaciones azucareras en Puerto Rico, pero no los de United Fruit en Guatemala? La respuesta a estas preguntas van al corazón de la perspectiva del sistema-mundo.

El sistema-mundo capitalista está estructurado alrededor de una división internacional del trabajo y un sistema global interestatal. Las estrategias geopolíticas de los Estados del centro pueden en muchas ocasiones sacrificar sus intereses económicos a corto plazo en aras de preservar los intereses a largo plazo del capitalismo como sistema-mundo. Los países-vitrina son ejemplos de este mecanismo. Se trata frecuentemente de países militar y simbólicamente estratégicos dentro de una región. Su llamado «desarrollo» significa realmente un ascenso social en su estatus dentro del sistema-mundo: de países periféricos son transformados en semiperiféricos, según los denomina Wallerstein, y juegan un rol no solo económico sino, más importante, un papel político dentro del sistema-mundo. Es funcional a los intereses del centro crear países intermedios (semiperiféricos), que se autoconciben en una posición superior a los periféricos en lugar de considerarse en peores condiciones que los países del centro (Wallerstein 1979, p. 69). Habría que añadir que en un contexto de inestabilidad política como el fin de las administraciones coloniales y el comienzo de la Guerra Fría, el ascenso de ciertos Estados periféricos hacia la semiperiferia jugó un rol ideológico fundamental. La ideología desarrollista se reproduce globalmente a través de vitrinas simbólicas «exitosas» en regiones estratégicas donde la hegemonía del centro es desafiada por algún Estado periférico.

Este mecanismo político puede ser visto en diferentes niveles del sistema-mundo. Los cubanos de Miami fueron transformados en un grupo étnico simbólicamente exitoso por medio de las ayudas del Estado norteamericano. La estrategia en este caso era probar la «superioridad» del capitalismo sobre el «modelo soviético desarrollista» implementado en Cuba (Grosfoguel 1994). Los aproximadamente 600.000 cubanos exiliados en EEUU en 1975, recibieron en 15 años

(1960-1974) alrededor de 1.300 millones de dólares en asistencia para educación, negocios, salud, programas bilingües, etc.

Países y grupos étnicos que sirven como vitrinas simbólicas reciben sumas millonarias en asistencia. La ilusión desarrollista es pensar que Taiwán y Corea del Sur, o un grupo como los cubanos en Miami, se desarrollaron por medio de la ética del trabajo, de las políticas «correctas» implementadas por sus Estados, o de las inteligentes maniobras de sus elites políticas. Esta imagen del efecto Munchausen es una de las ideologías clave de la geocultura del sistema-mundo capitalista. Los análisis desarrollistas, como los cepalistas o neoestructuralistas, que se centran en las políticas estatales intervencionistas han hecho una gran contribución en desmistificar la retórica neoliberal del FMI y el BM que representa el «éxito» de Taiwán y Corea del Sur como resultado de sus «políticas librecambistas». Tales análisis han mostrado cómo lejos de ser economías librecambistas, estos países tienen Estados altamente proteccionistas e intervencionistas (Amsden; Evans; White). Sin embargo, los acercamientos cepalistas y dependentistas que privilegian el Estado-nación caen en la trampa desarrollista al centrar el «éxito» o «fracaso» de un país en la mitología de un Estado desarrollista autónomo que promueve las políticas públicas «apropiadas o correctas». Como ha sugerido el geógrafo británico, Peter Taylor, si India, en lugar de China y Corea del Norte, hubiera tenido una «revolución socialista», hoy día estaríamos hablando del «milagro económico» de Sri Lanka en lugar del «milagro» de Taiwán o Corea del Sur[1].

Dependentistas y cepalistas con las mismas presuposiciones desarrollistas

Una de las mayores debilidades de la escuela dependentista era que su solución para eliminar el subdesarrollo estaba todavía atrapada en categorías ideológicas desarrollistas. Las preguntas planteadas limitaban y constituían las respuestas encontradas, y estaban atrapadas en la problemática de la modernidad: cuáles son los obstáculos para el desarrollo nacional y cómo alcanzarlo de manera autónoma. Los dependentistas presuponían la idea modernista de que el progreso es posible a través de una organización racional de la sociedad, donde cada Estado-nación podría alcanzarlo a través de un control conciente, soberano y libre de su destino histórico.

1. Peter Taylor hizo este pronunciamiento en un taller sobre «Hegemonías comparadas en el sistema-mundo» celebrado en el Fernand Braudel Center en Binghamton University, 18-19 de abril de 1993.

La única diferencia entre las ideas desarrollistas dependentistas y las de los cepalistas era que para los primeros el desarrollo autónomo nacional no podía alcanzarse a través del sistema capitalista sino por medio del «socialismo», mientras que para los segundos sí era posible alcanzar ese objetivo bajo el capitalismo. El establecimiento del socialismo en cada Estado-nación era la receta dependentista para la organización racional del desarrollo autónomo nacional. La burguesía nacional, aliada a los intereses del capital extranjero, representaba una fuerza reaccionaria en oposición a las clases explotadas que supuestamente iban a liderar la lucha revolucionaria hacia el «socialismo». La Revolución cubana representaba la materialización del mito desarrollista. Por tanto, para los dependentistas el mayor obstáculo para el desarrollo autónomo nacional era el sistema capitalista y la solución era romper radicalmente con este sistema y construir el «socialismo» a nivel del Estado-nación. Esta posición desarrollista socialista es expresada claramente por la dependentista radical brasileña Vania Bambirra. En respuesta a la crítica del cepalista Octavio Rodríguez en el sentido de que los dependentistas niegan el desarrollo autónomo nacional, Bambirra señala:

> ... ninguno de los autores «analizados» por Rodríguez niega la posibilidad de un desarrollo nacional autónomo, pues eso sería un absurdo. Pero sí muestran que éste no puede ser dirigido por la burguesía dependiente, lo que los lleva a la conclusión lógica, implícita en unos, explícita en otros, de la necesidad histórica de que el desarrollo de las fuerzas productivas en América Latina sea impulsado por un sistema económico-social superior, vale decir, socialista... (p. 88). La lucha por el socialismo está, en países como los latinoamericanos, en los marcos de la lucha por el desarrollo nacional autónomo que el capitalismo no puede realizar ... las burguesías dependientes no tienen condiciones de enfrentarse al imperialismo y de promover un desarrollo autónomo... (p. 99).

Las ideas dependentistas deben entenderse como parte de la larga duración de las ideas de la modernidad en América Latina. La ilusión en el desarrollo autónomo nacional es una ideología central del sistema-mundo capitalista desde fines del siglo XVIII. Es la ilusión de que la organización racional-científica y el desarrollo de una sociedad se pueden alcanzar desde el nivel del Estado-nación. Esta posición era contradictoria con el postulado dependentista de que el desarrollo y el subdesarrollo son el resultado de una localización estructural dentro del sistema capitalista global. Esta contradicción se encuentra en André Gunder Frank. Aun cuando Frank definía el capitalismo como un único sistema mundial más allá de los límites fronterizos de un Estado-nación, todavía creía que era posible disociarse o romper con el sistema-mundo capitalista. El presupuesto era que un proceso revolucionario nacional podía aislar a un país del sistema mundial y transformarlo en socialista. Sin embargo hoy, luego de la desastrosa experiencia de los movimientos revolucionarios del siglo XX sabemos que no es posible transformar un sistema único que opera a escala mundial desde un Estado-nación.

Los proyectos de izquierda en América Latina han reproducido la dominación europea sobre las poblaciones no europeas

Un Estado periférico puede modificar sus formas de incorporación a la economía-mundo, una minoría de Estados periféricos puede incluso elevarse a una posición semiperiférica. Pero una ruptura del sistema o transformarlo desde el nivel del Estado-nación es algo fuera de sus posibilidades. Un problema global no puede tener una solución nacional o local, requiere de soluciones globales. Los dependentistas subestimaron esto debido, en parte, a su tendencia a mantener el Estado-nación como unidad de análisis. Esto tuvo consecuencias políticas desastrosas para la izquierda latinoamericana y para la credibilidad de los proyectos políticos dependentistas. Este fracaso político contribuyó de manera significativa a la caída de la escuela dependentista y al resurgimiento de viejos paradigmas desarrollistas en la región.

La izquierda reprodujo la colonialidad del poder de los países latinoamericanos

En América Latina, la clasificación social de las poblaciones ha sido hegemonizada por las elites blancas criollas a través de un largo proceso de dominación colonial/racial. Las categorías de la modernidad (ciudadanía, democracia, identidad nacional, etc.) han sido históricamente construidas a través de tres ejes: 1) entre capital y trabajo; 2) entre europeos y no europeos (Quijano); y 3) entre hombres y mujeres. Las elites de hombres blancos hegemonizaron estos tres ejes. De acuerdo con el concepto de «colonialidad del poder» desarrollado por Quijano, aun después de la independencia formal, cuando el control jurídico-político del Estado pasó del poder imperial al nuevo Estado independiente, las elites de hombres blancos continuaron el control colonial de las estructuras económicas, culturales y políticas. Esta continuidad del poder desde la Colonia hasta hoy permitió a las elites blancas clasificar a las poblaciones y excluir a las racializadas de las categorías de ciudadanía y de la «comunidad imaginada» conocida como la «nación». Los derechos civiles, políticos y sociales que la ciudadanía proveía a los miembros de la «nación» nunca fueron realmente extendidos a los sujetos colonizados como indios, negros, zambos, mulatos, etc. Los sujetos subordinados por el «colonialismo interno» fueron mantenidos como ciudadanos de segunda categoría, sin acceso completo a los derechos ciudadanos.

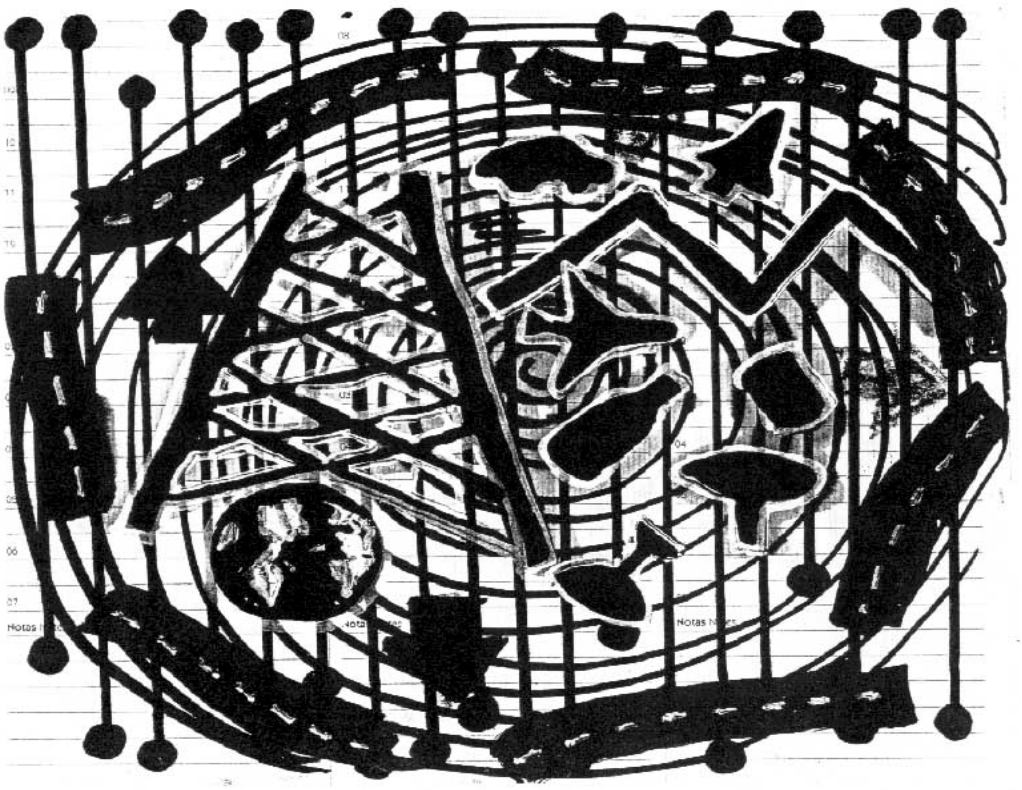
Los proyectos de izquierda en América Latina han reproducido, dentro de sus organizaciones y desde el Estado, la colonialidad del poder, es decir, la dominación europea sobre las poblaciones no europeas. La izquierda nunca problematizó de manera radical las jerarquías construidas durante la expansión

colonial, todavía presentes en América Latina, al privilegiar los problemas de clase e ignorar los raciales. La colonialidad es una relación sociocultural entre poblaciones de origen europeo versus poblaciones de origen no europeo que resulta reproducida constantemente mientras las estructuras de poder sigan dominadas por las elites criollas blancas y mientras se siga construyendo a las poblaciones no europeas como racialmente «inferiores». Por tanto, la colonialidad del poder es una relación que continúa aun cuando la estructura jurídico-política formal del sistema colonial haya sido erradicada hace más de un siglo.

Los conflictos entre sandinistas e indios misquitos en Nicaragua surgen como parte de la reproducción de las viejas jerarquías raciales/coloniales (Vilas). Los sandinistas reprodujeron la histórica colonialidad del poder entre el Pacífico y la costa caribeña nicaragüense. Las elites sandinistas blancas y mestizas del Pacífico hegemonizaron las relaciones políticas, culturales y económicas que subordinan a los negros e indios en la costa caribeña. Las diferencias entre la dictadura somocista y el régimen sandinista no fueron tan grandes cuando se trató de las relaciones con los sujetos racializados y colonizados dentro del Estado-nación. El conflicto con las poblaciones racializadas de la costa caribeña surge a partir de la represión y violación de los derechos ciudadanos por parte del Estado sandinista. Este conflicto fue utilizado por la CIA muy hábilmente para desestabilizar al Gobierno. Igualmente, en Cuba las elites blancas han hegemonizado las posiciones de poder en el periodo posrevolucionario. La representación de negros y mulatos en posiciones de poder son mínimas y no corresponden al hecho demográfico contundente de que éstos constituyen la mayoría de la población cubana (Moore). Las continuidades históricas de la colonialidad del poder en Cuba son mayores que las discontinuidades. Ningún proyecto radical en América Latina tendrá éxito si no desmantela las jerarquías raciales/coloniales. Esto plantea la necesidad de poner como una de las prioridades de futuros movimientos revolucionarios el asunto de la descolonización y democratización social del poder. La reproducción de estas jerarquías afecta no solo el alcance del proceso revolucionario sino la democratización de las jerarquías sociales. Este descuido ha contribuido a la desilusión en los proyectos de izquierda en la región. La rebelión zapatista en México constituye un paso fundamental en la dirección acertada hacia la descolonización continental y la democratización social del poder.

La idea liberal socialista ha sido refutada como estrategia política

Todos los intentos de transformar el sistema en América Latina y el Caribe han sido sistemáticamente liquidados mediante golpes de Estado, bloqueos comer-



ciales o agresiones militares (ej. Chile, Guyana, Nicaragua, Jamaica y Grenada). El fin de la Guerra Fría y la desaparición del autoritario bloque soviético han hecho aún más difícil para un Estado periférico burlar el poder norteamericano en la región. Por tanto, hoy día es suicida la estrategia de los movimientos sociales y revolucionarios que confrontan directamente con el imperialismo. Esta es una de las razones principales por las cuales el FMLN en El Salvador y los sandinistas en Nicaragua recurrieron a una solución negociada de sus respectivas guerras civiles (Bonasso/Gómez; García). Como dijo Víctor Tirado López, uno de los nueve comandantes sandinistas, inmediatamente después de la derrota electoral:

> Creo que se está cerrando el ciclo de las revoluciones antiimperialistas, entendiéndolas como enfrentamiento total, militar y económico del imperialismo. Hay que buscar otras opciones. El mundo subdesarrollado no puede resistir ni vivir en guerras permanentes ... Países subdesarrollados como el nuestro, no resisten ya conflictos que afecten de raíz las bases económicas (en Grosfoguel 1991).

A pesar de la dificultad actual de alcanzar un socialismo democrático debido a la imposibilidad de crear un espacio exterior al sistema-mundo capitalista, la izquierda no debe cruzarse de brazos a esperar un momento histórico favorable para romper con el sistema. En lugar de esto, debemos redefinir lo que se entiende por cambio social y trabajar hacia la formación de una nueva izquierda mundial con un imaginario posdesarrollista, posnacional y poscolonial. La premisa desarrollista de «tomar el poder» del Estado y desde ahí estimular el «desarrollo nacional», es uno de los mecanismos ideológicos que han transformado los movimientos revolucionarios antisistémicos en fuerzas conservadoras que contribuyen a reproducir el sistema administrando sus contradicciones desde el Estado-nación. Esta es una de las grandes lecciones del siglo XX. Las políticas desarrollistas de izquierda de administrar el Estado-nación sólo contribuyen a afianzar la integración del país periférico al sistema-mundo capitalista. En un sistema-mundo constituido por una división global del trabajo y protegido por un sistema interestatal global organizado en Estados-naciones, la administración desarrollista de un Estado-nación en la periferia no amenaza ni transforma la lógica del sistema.

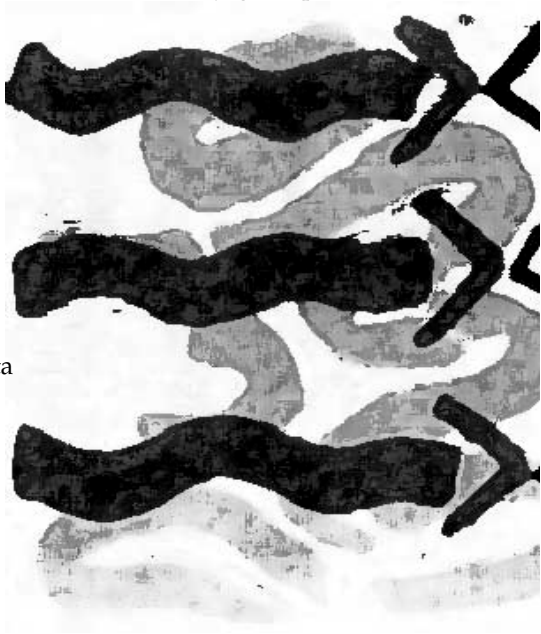
Los discursos de los movimientos revolucionarios se caracterizaron por construir proyectos apocalípticos de ruptura total y absoluta con el sistema-mundo capitalista desde una «utopía nacional» concebida como una exterioridad a este sistema. Sin embargo, hoy sabemos que ningún espacio nacional se puede autoaislar. Cuba, a casi 150 Km de EEUU, es el ejemplo trágico de esta ilusión desarrollista de izquierda. Frente al reto democratizante de los sectores subalternos, los regímenes de izquierda respondían con medidas represivas contra los trabajadores, como la muerte y encarcelamiento de miles, a nombre de los intereses de los «obreros» y de la «nación». A pesar de representar sistemas políticos autoritarios distintos, las diferencias entre las dictaduras de izquierda y las de derecha no han sido tan significativas a la hora de evaluar las restricciones a los espacios de autonomía y libertad política de los partidos, sindicatos y ciudadanos. Tanto los regímenes autoritarios de derecha como los de izquierda compartían la ilusión desarrollista de alcanzar un futuro luminoso a través de las políticas administradas desde el Estado-nación. Por tanto, los proyectos de la pos-Guerra Fría de transformación radical en la periferia tienen que deconstruir la oposición binaria izquierda/derecha y su modo de pensamiento derivado, fuertemente constituido por las ideologías de la Guerra Fría. Los zapatistas son la primera guerrilla posdesarrollista en América Latina que

2. V. la entrevista a la líder sandinista Dora María Téllez reproducida en *Postdata* Nº 2, 1991, pp. 31-34.

no se plantea la «toma del poder» y reconoce los límites de administrar el Estado-nación en un sistema que opera a escala global[2]. Este movimiento representa una nueva manera de articular las luchas populares fuera de los paradigmas desarrollistas «socialistas».

Conclusión

Los argumentos desarrollados en este trabajo no pretenden cerrar el debate acerca de los múltiples procesos que explican los cambios conceptuales en América Latina. Otros puntos de discusión son el rol fundamental jugado por el FMI, el BM y las instituciones financieras del capital en la imposición de los proyectos neoliberales en la región. He subrayado la derrota histórica de los movimientos antisistémicos, las estrategias simbólicas de los Estados metropolitanos, las debilidades de las teorías de la dependencia y las falacias románticas del socialismo antiimperialista porque son temas que casi nunca se discuten a la hora de entender los cambios conceptuales en la región. La ideología desarrollista es todavía dominante en la izquierda. A pesar de las diferencias entre las izquierdas y las derechas, políticos y académicos, todos comparten la premisa básica desarrollista concerniente a la ilusión de un desarrollo autónomo nacional. La teoría del sistema-mundo muestra cómo el desarrollo ocurre a escala del sistema-mundo y no del Estado-nación. Hasta que no surja una nueva izquierda con un paradigma posdesarrollista continuaremos viendo reformulaciones de los viejos temas que hemos producido durante los últimos 200 años.



Referencias

Amsden, Alice: «Taiwan's Economic History: A Case of Estatisme and a Challenge to Dependency Theory» en *Modern China* 5 (3), 1979, pp. 341-380.
Bambirra, Vania: *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, Serie popular Era, México, 1978.
Bonasso, Miguel y Ciro Gómez: *Cuatro minutos para las doce*, México, 1992.
Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto: *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1969.

Department of State: «Greater Responsibility for the Chinese in Economic Fields», Signed by Ambassador K.L. Rankin. American Embassy at Taipei, Confidential Foreign Service Dispatch, 30 de julio de 1957a.
Department of State: «United States Policy Toward Free China Prepared for the Committee of Citizen Advisers on the Mutual Security Program», Signed by Ambassador K.L. Rankin. American Embassy at Taipei, Secret Document, 11 de enero de 1957b.
Department of State: «The Role of the Republic of China in the Free World», Memorandum of a Conversation, Signed by John Foster Dulles. American Embassy at Taipei, Secret Document, 22 de octubre de 1958.
Department of State: «Accelerated Development Program to Taiwan», Report from the American Embassy at Taipei to the Secretary of State, Signed by Joseph A. Yeager, Confidential Document, 12 de enero de 1960.
Dietz, James: *Economic History of Puerto Rico*, Princeton University Press, Princeton, 1986.
Dos Santos, Theotônio: «La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina» en Helio Jaguaribe et al. (ed.): *La dependencia política-económica de América Latina*, Siglo XXI, México, 1970, pp. 147-187.
Evans, Peter: «Predatory, Developmental, and Other Apparatuses: A Comparative Political Economy Perspective on the Third World State» en *Sociological Forum* vol. 4 Nº 4, 12/1989, pp. 561-587.
Frank, André Gunder: *Latin America: Underdevelopment or Revolution*, Monthly Review Press, Nueva York, 1969.
Frank, André Gunder: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1970.
Ffrench-Davis, Ricardo: «An Outline of a Neo-structuralist Approach» en *Cepal Review* Nº 34, 4/1988, pp. 37-44.
García, Txema: *El Salvador: de la lucha armada a la negociación*, Txalaparta, 1993.
Girvan, Norman, Mario Arana Sevilla, Miguel Ceara Hatton y Ennio Rodríguez: «The Debt Problem of Small Peripheral Economies: Case Studies from the Caribbean and Central America» en *Caribbean Studies* vol. 24 Nº 1-2, 1991, pp. 45-115.
González, Norberto: «An Economic Policy for Development» en *Cepal Review* Nº 34, 4/1988, pp. 7-17.
Grosfoguel, Ramón: «Suicidio o redefinición: la disyuntiva actual de los movimientos anti-imperialistas» en *Postdata* Nº 2, 1991, pp. 35-38.
Grosfoguel, Ramón: «World Cities in the Caribbean: The Rise of Miami and San Juan» en *Review*, XVII, 3, verano de 1994, pp. 351-381.
Moore, Carlos: *Castro, the Blacks and Africa*, Center for Afro-American Studies at University of California, Los Angeles, 1988.
Portes, Alejandro y A. Douglas Kincaid: «Sociology and Development in the 1990s: Critical Challenges and Empirical Trends» en *Sociological Forum* vol. 4 Nº 4, 12/1989, pp. 479-503.
Prebisch, Raúl: *Capitalismo periférico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
Prebisch, Raúl: «El desarrollo en el capitalismo periférico» en *Medina Echavarría y la sociología latinoamericana*, Instituto de Cooperación Iberoamericana / Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1982, pp. 105-111.
Quijano, Aníbal: *Introducción a Mariátegui*, Siglo XXI, México, 1981.
Quijano, Aníbal: «América Latina en la economía mundial» en *Problemas del desarrollo* vol. XXIV Nº 95, UNAM, México, 10-12/1993.
Vanden, H.E.: *National Marxism in Latin America: José Carlos Mariátegui - Thought and Politics*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1986.
Vilas, Carlos M.: *La costa atlántica de Nicaragua*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
Villegas, Abelardo: «Panorama de los procesos de cambio: revolución, reformismo y lucha de clases» en Leopoldo Zea (ed.): *América Latina en sus ideas*, Unesco / Siglo XXI, México, 1986, pp. 95-117.
Wallerstein, Immanuel: *The Capitalist World-Economy*, Cambridge University Press / Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1979.
Wallerstein, Immanuel: «The Concept of National Development, 1917-1989: Elegy and Requiem» en *American Behavioral Scientist* vol. 35 Nº 4/5, 3-6/1992a, pp. 517-529.
Wallerstein, Immanuel: «The Collapse of Liberalism» en Ralph Miliband y Leo Panitch (eds.): *The Socialist Register 1991*, The Merlin Press, Londres, 1992b, pp. 96-110.
White, Gordon (ed.): *Developmental States in East Asia*, Macmillan, Londres, 1988.